

Nuevos Estudios Cordobeses

De nuevo se nos presenta ocasión oportuna para hablar del Centro de Estudios Andaluces, por el que, unos cuantos cordobeses, estamos trabajando desde hace unos años. Y de nuevo, nos aprestamos a aprovecharla, no sólo para ver si con nuestro esfuerzo nuevo conseguimos la aspiración vieja, sino para que veais todos que seguimos presentes en esta idea del Centro necesario; que no estamos ausentes de esa idea nunca, y que, cada día, con el traer de nuevos argumentos, podemos demostrar documentalmente que nuestra preocupación es seria y decidida.

Es, desde luego, indudable, que estos esfuerzos anteriores nuestros no dieron el resultado que apetecíamos; siempre fueron recibidas nuestras sugerencias con las mejores palabras, y en toda ocasión hubimos de sentir el halago de las promesas más firmes; pero, pasados aquellos primeros momentos fervorosos, nuestra ilusión se desvanecía lentamente, agobiada por la tenaz oposición de un presupuesto atacado con dureza por todas las puntas de la Rosa de los Vientos.

No hemos conseguido, pues, que Córdoba cuente con ese Centro de Estudios al que tiene derecho por el esfuerzo que, desde hace diez o doce años, están realizando unos cuantos enamorados de la cultura; unos cuantos románticos que no buscan otro premio para su trabajo que el de conocer mejor y más hondamente el solar que les vió nacer, la tierra que les cobija.

Pero nosotros, sempiternos optimistas, no estamos del todo descontentos. Posterior es la creación de un Centro que adoptó el mismo nombre usado por nosotros en el efímero período de nuestra existencia oficial, y que dió las primeras muestras de su vida en Sevilla, bajo los auspicios de todo el elemento cultural de la ciudad vecina, y en especial del que fué Rector de aquella Universidad, don Estanislao del Campo.

En manera alguna hemos de pretender la invención de esta idea del C. de Est. And. Cuando las ideas son grandes, aparecen al mismo tiempo en diferentes sitios, y preocupan a diferentes cerebros; son varios los hombres, pueden ser muchos los hombres que lleguen al mismo tiempo al

campo de una idea; por eso no se nos ocurrirá jamás decir que fué Córdoba la que tuvo el feliz hallazgo; pero sí puede permitírsenos, y aunque no sea la verdad, la benevolencia de los oyentes nos dejará en este querido error, que nuestro esfuerzo, nuestra tenacidad, nuestros argumentos y nuestro entusiasmo, han contribuído algo a que los poderes públicos se decidan a proteger esos estudios orientales, los estudios mulsumanes en todos sus variados y riquísimos aspectos, estudios que jamás debieron estar olvidados ya que, durante ocho siglos, un pueblo joven y vigoroso desarrolló en nuestra península una vida exuberante, pletórica de savia y de energía, y de fuerte y sana virilidad.

Pero—ya lo recuerdan todos los que conocen nuestros trabajos anteriores—no son sólo los estudios árabes—tan excelentemente instaurados ya, tan vigorosamente lanzados ya en el campo de la investigación—los que habrían de preocupar al Centro que nosotros aspirábamos a formar; otras muchas secciones habrían de integrar el conjunto capaz de comprender el conocimiento completo de las civilizaciones que pasaron por nuestra ciudad; en todas ellas detuvimos nuestra atención otras veces y no hemos de insistir en la mirada de conjunto nuestra, que cualquier curioso puede conocer fácilmente con solo hojear el BOLETÍN de la Ac. de C. de Córdoba.

Mas aprovechando este momento propicio, en el que hemos logrado juntar a muchas gentes de todas partes y de toda condición con motivo de celebrar el VIII Centenario del nacimiento de Maimónides, vamos a renovar nuestra inquietud, trayendo ante las Autoridades de Córdoba, que tan generosas son al prestarnos el calor de su concurso, el campo de acción que puede abarcar una de esas secciones, la que, por desgracia, menos atención ha merecido, hasta ahora, de parte de los poderes públicos: la sección de Estudios hebreos.

Es verdad que *todavía*, figura en el plan de estudios de la licenciatura de Letras una asignatura que se llama Lengua hebrea; pero no lo es menos que, hasta ahora, no se ha presentado aún la ocasión de poder decir que hay una colectividad dedicada a esa clase de estudios (1). Los esfuerzos aislados han sido pocos, y no han podido pasar nunca de un movimiento inicial, si valioso, no bastante claro para fijar con caracteres de urgencia las imaginaciones poco atentas de los profanos. Y hoy aparece el estudio del hebreo en España, casi tan solo con el exclusivo objeto

(1) Brevísimos días duró la que dirigía mi maestro Ab. Salom Yahuda, y no pudo, por su corta vida y por la azorosa política de entonces, dar el fruto que hubiera sido posible esperar de ella.

de presentar ante el aspirante a Licenciado, un obstáculo más que le impida llegar demasiado pronto, junto a los graves señores que se dedican a la sacratísima misión de la enseñanza.

Dígalo, si no, la investigación española actual acerca de la literatura rabínica española. Hace algunos años se pretendió publicar la *Guía de los descarriados* de nuestro Rambán, en español. Y se hizo una versión de la versión francesa de Munk. Sabido es que la *Guía* no se escribió por su autor en hebreo, sino en árabe; pues bien, la traducción se encomendó a un hebraísta estudiante; no se acudió a autorizar el trabajo con el nombre de ninguno de los Catedráticos de hebreo oficiales.

En todo esto, como se puede apreciar con la más descuidada de las atenciones, hay un problema de desorientación que abruma. La enseñanza del hebreo en la Universidad española, está ausente, hasta ahora, del problema del hebraísmo español. El estudiante, cuando sale, brillante de emoción, por las puertas de nuestra Universidad, no lleva del hebreo, mas que un tristísimo recuerdo: el de que fué uno de los tornillos que agudizaron su tormento. En los días luminosos del gozo de la carrera terminada, los signos hebreos sólo le sirven para dar nombre a algunas de las figuras que el humo del cigarro dibuja en las tranquilas siestas de la luna de miel con la carrera. Y con las volutas vivas, se van muriendo los últimos recuerdos.

De Moisés a Moisés, no hubo otro Moisés, reza el proverbio hebreo; pues bien, la figura de este Moisés español, no supo llevar al ánimo de nuestros maestros, la más pequeña inquietud; no quisieron aprovechar el momento para exaltar la figura del glorioso filósofo; no hubieron de encontrar el pretexto—ya es sabido que los Centenarios no son mas que gloriosos pretextos que nos ofrece, pródiga, la cronología, para que renovemos las ideas de los sabios, para que excitemos el amor a la cultura de los remisos, para que la idea de patria se enriquezca con nuevas aportaciones—no hubieron de encontrar el pretexto de dedicar a Moisés ben Maimón la atención de unos meses; y cuando el pretexto estuvo a luz abierta, no se acercaron; (y los iniciadores, no los buscaron). Es la tradicional ausencia del problema hebreo-español; es que a la Cátedra, de hebreo o de otra materia cualquiera, salvo honrosísimas excepciones dignas de toda alabanza, no se lleva todavía mas que una labor material y estéril: la de tener al corriente los tornillos, bien engrasados, que han de figurar en los torpes instrumentos de tortura, por donde obligadamente ha de pasar el Profesorado español.

Si nuestras palabras sirvieran para levantar el ánimo del poder público

hasta el punto de que se decidiera a crear, con categoría de urgente y de inmediato, ese Centro de estudios rabínicos, aunque al formarlo se hiciese de nosotros el mismo caso que se hizo cuando se crearon los otros centros a que antes hube de referirme, yo me daría por satisfecho, y daría por bien empleado el dolor que me producen estas alusiones personales, de las cuales, siempre, quisiera estar apartado. Hay que cambiar de ruta.

Estoy además seguro de que, entre todos los homenajes, es este de una decidida contribución a la propaganda de la cultura, el que más agradaría a nuestro Ramban. El agudísimo comentador de la Torá, el nobilísimo y desprendido autor de la *Guía de los descarriados*, vería, altamente satisfecho, la posibilidad de que una colectividad prosiguiera la intensa labor que él, tan decididamente, practicó toda su vida.

Y por esto, por el convencimiento mío de que es relativamente fácil llegar al mejor resultado, es por lo que, a grandes rasgos, y sólo como temas de un cuestionario que otras voluntades mejor servidas que la mía, podrían llevar a cabo, voy a señalar la posible labor de la posible Sección de Estudios hebreos, en un Centro cultural español, que estuviere dotado con la debida amplitud científica, libre de todo pleito que la bandería ocasional o el entredicho político pudiera enredar.

Figura, en primer lugar, el estudio de la Literatura rabínica española.

Pero no quiero que mis palabras pudieran tener en esta ocasión el tono de un interés particular. Me serviré de la palabra de un hombre eminente H. Graetz, autor de una bellísima obra que se titula *Los Judíos de España*.

Graetz divide la historia de la literatura hebrea en tres grandes períodos: pertenece el primero a los tiempos bíblicos y comprende los reinos de los Reyes Saul, David y Salomón. En este período se realiza un hecho de extraordinaria importancia: la constitución definitiva del pueblo de Israel en una nación homogénea, poseedora de una tradición propia, y de un tesoro admirable, la literatura bíblica patrimonio único en el mundo. Corresponde el 2.º a la época de los Macabeos, en la cual este pueblo adquiere una indomable energía y una fe inquebrantable en su destino. La 3.ª época de la h.ª judía pertenece a la E. M. «Sin duda el pueblo de Dios estaba disperso entre las naciones, pero había guardado esta especie de patria intelectual, ideal, esta comunidad de ideas, de creencias, que nada ha podido destruir; un centro moral hacia el cual convergían los trabajos de los pensadores.

La h.^a judía pudo conservar en adelante su importancia su lustre, gracias a esta atracción espiritual.

España fué el teatro de estos esfuerzos persistentes que dieron tan gran brillo al período que comienza con el famoso hombre de estado R. Samuel Naguid y acaba con la muerte de Maimónides, el gran filósofo.

Durante estos dos siglos, sobre todo, el cultivo de la letra, de la ciencia bíblica se desarrolla en proporciones inauditas y se le ve extenderse en todas las comunidades de la Península y en sus colonias, las luces de una civilización fuerte y esencialmente moral.

Depositario de una tradición real, el judaísmo supo en adelante inspirarse en la filosofía y hacerle sitio en el movimiento de las ideas; después de haber dado nacimiento a dos grandes religiones, pudo ejercer así una nueva influencia sobre la marcha del mundo moral. Adelantó mucho al cristianismo tanto en el cultivo de la filosofía como en el de la poesía. El genio de este pueblo extraordinario podía tanto más fácilmente abandonarse a un impulso, cuanto en sus aspiraciones no había sido arrastrado por ninguna autoridad, ni política, ni eclesiástica, hostil a la libertad del pensamiento. La ciencia y la poesía judías de esta época, que se puede llamar clásica, tienen un carácter de amplitud y de independencia digno de los más bellos siglos literarios.

España fué el centro de este movimiento, que se destaca como una Aurora luminosa en medio de la barbarie y de la ignorancia contemporáneas, que ella iluminaba con sus reflejos.

La h.^a de los judíos de España se refiere así al movimiento general de nuestra época; desde este punto de vista presenta un nuevo interés para el lector: descubre los nombres de una pléyade de hombres de estado, escritores, filósofos y poetas poco conocidos hasta aquí fuera de la literatura judía, pero cuyos abundantes y notables trabajos han contribuído poderosamente al desarrollo y progreso de las ideas humanas».

Después de estas frases, tan significativas y precisas, y dichas por una autoridad tan acreditada como el profundo investigador H. Gräetz, no cabe hacer un nuevo panegírico de nuestros Rabinos españoles. Ya está hecho, con las mejores palabras, las más agudas y certeras, y con la mayor autoridad.

Pero al volver, enseguida, nuestros ojos al panorama español, nos encontramos conque para conocer todo ese largo período de dos siglos en el que brillan tantos hombres ilustres, no tenemos en España nada. No sólo

faltan las obras más elementales de divulgación de esa literatura gloriosa, sino que, por raro caso, figuran los nombres de los escritores judíos en las obras didácticas de la civilización española; cuando aparece alguno de ellos, lo hace como avergonzado de su propio atrevimiento.

En cualquier repertorio bibliográfico se encontrarán cincuenta obras escritas en alemán, inglés o ruso, que hablan de Maimónides, por una escrita en español o por un español. Cincuenta obras en las cuales se estudia la gran personalidad del filósofo judío, alguno de los aspectos en que brilló como médico, los atinadísimos razonamientos que él dedicó al esclarecimiento e interpretación del Sagrado Texto,—o el texto—en el original o en la traducción de alguna de las obras debidas a su ingenio. Aquí, en nuestra patria, que es la de Maimónides, nos es difícil encontrar a Maimónides; (1) y nos es difícil comprender la enorme importancia que tuvo el esfuerzo generoso y abierto que el gran ministro de Abderramán, Chasdai-ben-Saprust, hubo de hacer para crear la comunidad de Córdoba, y cómo, bajo la sabia dirección del Rabino Moisés-ben-Chanoch, comienza a aparecer el renacimiento de los estudios talmúdicos, de la gramática y de la poesía, con los nombres insígnies de Menaken-ben-Saruck y Dunach-ben-Labrat.

Este Moisés-ben-Chanoch, que procedente de la Academia de Sura, cayó, después de un naufragio, en poder de los musulmanes, que lo trajeron a Córdoba como esclavo. La comunidad de Córdoba, sin conocerlo, pagó el rescate del prisionero y Moisés se presentó modestamente en la Escuela que por entonces regía Natán, como un simple oyente.

Natán pretendía explicar un pasaje del Talmud, y su lección no tenía la debida claridad; entonces Chanoch, dulcemente, lo iluminó con sus frases; sorprendidos los oyentes, suplicaron al extranjero que continuara la explicación, y con tal arte y claridad siguió en la exposición de aquél pasaje, que todos quedaron admirados y hasta el mismo Natán, dando una brillante prueba de modestia y humildad, declaró delante de todos que él no podía continuar siendo maestro, delante de la aparición de aquél fidelísimo intérprete de la Escritura.

Los Califas protegen las letras y están particularmente inclinados, en

(1) Ha sido precisa la publicación de la obra de J. P. Wickershan Crawford, para que nosotros nos demos cuenta de la enorme aportación con que ha contribuido Maimónides a la obra *La visión delectable de Alfonso de la Torre*.

(a) J. P. Wickershan Crawford, *The visión delectable de Alfonso de la Torre. And Maimonides «Enier of the Perplexed. en Publ. of the Modern Lang Apoc. of Amer. 1913. XXI, 188.*

muchas ocasiones, a favorecer a los judíos. Entonces se adquiere el impulso, y a su conjuro, acude a España lo más florido de la raza. Las letras han congregado a los hombres alrededor de dos o tres escuelas, Sevilla, Córdoba, Lucena, Toledo, y el cultivo de la filosofía, de la gramática o de la poesía se desarrolla ampliamente, y sale victorioso de todas las vicisitudes hasta el momento de la expulsión, de la marcha a Fez. Y entonces aparecen muchos hombres que están necesitados de una atención cuidadísima. Recuérdese en Gramática, por ejemplo, la noble figura de Jona Marinus, Abul Wali Meruan ben Gannach, que todos los peligros arrostra con tal de tener libertad para defender la significación de un vocablo de la Biblia; que no vacila en dedicar todas las horas de su tiempo al estudio del grande tesoro del pueblo hebreo, porque tiene con él una esperanza sin límites, la misma que tiene el pueblo judío.

Recuérdese al contrincante de ben Gannach, el Katib o Ministro de Estado de Habus, 2.º rey de Granada, Samuel ben Nagrela. Llegó a tener tal ascendiente en su soberano, que, durante algún tiempo fué el propio monarca; hizo que el reino viviera próspero y feliz, y aun tuvo facilidad para dedicar al estudio, de la gramática o de la Biblia mucho de su tiempo. Su buen carácter supo atraerle la simpatía de los mismos musulmanes. Véase esta anécdota que retrata bien esta noble condición:

Cerca del Palacio de Habus, un musulmán tenía una tienda de especias; cada vez que el soberano pasaba acompañado de su ministro, el tendero profería en maldiciones contra Samuel, que, aunque disimulada, llegaban casi siempre a los oídos del Rey. Este, cansado ya, ordenó a su Ministro que mandaran arrancar la lengua del maldiciente. Entonces, Samuel informado secretamente del estado económico del mercader, un poco apurado, le ayudó con una buena bolsa. Los efectos no tardaron en dejarse sentir, y la primera vez que pasaron por la tienda del especiero, oyeron que éste se deshacía en elogios dirigidos a Samuel. Habus, irritado, pidió explicaciones a su Ministro, y éste le contestó afable:

—He seguido vuestras instrucciones, Majestad; porque he arrancado a este hombre su mala lengua, y la he reemplazado por otra que es buena.

Alrededor de estas dos principales personalidades brillan otras muchas que elevaron a gran altura los estudios talmúdicos y facilitaron el conocimiento de la Biblia; como son entre otros, las primeras figuras de los ben Ezra, y los de los Kimchí.

Notables y poco estudiadas también son las manifestaciones poéticas

entre nuestros Rabinos. Acudamos a la palabra autorizadísima del más grande de los críticos españoles, de Marcelino Menéndez Pelayo, que todos los caminos anduvo, y por todas partes, supo encontrar el oro puro; con rara habilidad.

«Simultáneamente con la poesía de los árabes, floreció en nuestra Península otra escuela lírica, de precio muy superior, y que forma con ella notable contraste. Me refiero a la poesía de los hebreos españoles, escrita por lo común en la lengua santa o en su dialecto rabínico, y alguna vez, aunque por excepción, en árabe... como el talento metafísico y la aptitud para las sublimes especulaciones intelectuales han sido siempre mucho más aventajados entre los judíos que entre las demás agrupaciones de la familia semítica, gracias a su admirable educación o preparación religiosa, de aquí que su filosofía de la E. M... tiene un sello de grandeza, de magestad, de idealismo místico, que rara vez nos presenta la filosofía árabe...

A este carácter de la filosofía hebráico-hispana responde exactamente el de la admirable escuela lírica que, con otros poetas menores, representan los dos excelsos vates, Salomón ben Gabirol (el de Málaga)... y Judá—ha—Leví, de Toledo... No hay dos mayores poetas líricos desde Prudencio hasta Dante... Al revés de la poesía de los árabes, que es comunmente frívola y cortesana, la poesía de los hebreos españoles es casi siempre grave, solemne y religiosa, como bebida en el manantial de los sagrados libros y en los más altos conceptos de la filosofía».

Y a propósito del gran poeta malagueño, dice Gráetz, con su autoridad indiscutible:

“El genio brilla en las obras de este muchacho, que a los 20 años escribía versos en los que no se sabe qué es mejor, la perfección de la forma o la profundidad de las ideas. Se ve, leyendo estas notables páginas, la inspiración fecunda que encuentra a la vez, y sin ningún esfuerzo la imágen, la palabra y la rima. Esta riqueza de imaginación, esta abundancia de ideas es contenida por un tacto perfecto que sabe detenerse siempre en el justo límite y guardarse de toda exageración. La vieja lengua hebráica parece rejuvenecerse bajo el soplo ardiente del joven poeta y llega a ser, para él, un instrumento admirable; su pluma supo darle una flexibilidad, y una elegancia desconocidas; amplió y enriqueció la poesía hebráica y le dotó de una armonía nueva”.

No menos digno de estudio es el gran poeta toledano Shede Haleri, el más egregio de los poetas de la Sinagoga. “No produjo la estirpe de Israel lírico más grande en su postrer destierro, y de él escribe E. Heine,

en una de sus *Melodías Hebreas* que el son del dulce beso conque Dios selló su alma satisfecho de haberla creado, vibra todavía difuso en sus canciones, tan bellas, puras e inmaculadas como el alma del cantor. Poeta amatorio en los primeros versos de su juventud, renovador del sentimiento de la naturaleza en sus composiciones marítimas y de viajes, fué, sobre todo, inspiradísimo poeta religioso, nuevo Jeremías en las *Siónidas*, nuevo *Asaph* en el soberbio himno que se rotula *Kedusch de la Honidah de la mañana para el día del grande ayuno...* la magnificencia de estilo de este asombroso poeta bíblico y sacerdotal en grado sumo, explica que lograra autoridad casi canónica en las sinagogas, donde todavía se repite *aquella famosa lamentación que será cantada en todas las tiendas de Israel esparcidas por el mundo, en el aniversario de la destrucción de Jerusalén*. No fué encarecimiento poético de E. Heine el decir de tal hombre, cuya poesía es el depósito de todas las lágrimas de su raza, que *tuvo el alma más profunda que los abismos de la mar*.

Y sobre todos los judíos españoles, la gran figura de Maimónides, del cordobés ilustre a quien estos días rinde la ciudad una parte del homenaje que se le debe. Era hombre versado en todos los conocimientos humanos, de vasta cultura; su espíritu lógico y sistemático, apto en primer lugar para la mirada de conjunto, para la contemplación panorámica de la ciencia, le facilitó mucho sus grandes trabajos en los que el orden y la claridad eran cualidades sobresalientes. Era también un carácter moral de una pieza, que sabía dominar sus acciones, ajustándolas rigurosamente a su fe; esclavo de la verdad pura, desdeñaba la poesía que por entonces era privativa de la imaginación. Su vida humilde no se apartó jamás ni un ápice de su verdadera fe. La víspera del aniversario de la destrucción del Templo, ayunaba a pan y agua.

Pero no hablemos más de este excelso personaje, a quien otras voces más autorizadas que la mía han dedicado sus alabanzas; ellas han conseguido que llegue a todos los ámbitos de la ciudad, el deseo de que sea Maimónides nuestro guía en la cruzada de cultura que queremos emprender por los campos del pensamiento cordobés, por los de España. Maimónides, glorificado mercedamente con motivo del VIII centenario de su nacimiento, nos ha dado ocasión para que renovemos nuestras esperanzas.

Ni hablemos tampoco de los muchos judíos españoles que esmaltan la literatura rabínico-española, y que, alrededor de estos tres principales literatos, y algo oscurecidos por el brillo que de ellos sale, han tenido la desgracia de pasar casi inadvertidos desde la humilde región de lo des-

conocido, hasta la simple y humilde cabeza de algún pobre especialista, que no acertó a convencer aún de las excelencias de las personalidades estudiadas por él.

La labor, fecundísima, del estudio de los Rabinos españoles, es algo que está solicitado desde hace muchísimo tiempo por las más acreditadas figuras de la erudición española; y ese estudio habría de formar el núcleo principal de nuestro Centro, reclamando para España el estudio del pueblo judío en la E. M. ya que, como sabeis, y Gráetz lo ha dicho con palabras definitivas, los judíos españoles medievales, son los únicos dignos continuadores de los grandes escritores que supieron escribir el mejor libro del mundo, La Biblia, el libro que hasta ahora ha sabido llenar todos los corazones, el libro que tiene siempre una página abierta para consolar una pena, y para dar nombre a una alegría del espíritu.

Hay una posible segunda sección en este Centro de Estudios Hebreos, que debería estar dedicada al Estudio de la Biblia en España.

La primera traducción hecha en lengua española, es la debida a la Escuela o Universidad que tan magistralmente preside Don Alfonso X. Se conserva en la Biblioteca de El Escorial. ¿Cómo no se ha procurado la edición de esta obra? La magna figura del Rey Sabio, ha debido bastar para excitar todas las curiosidades, y seguramente, laboraron en ella los mejores intérpretes de los Libros Santos del siglo XIII. Después, todas las demás ediciones, hasta llegar a las traducciones de libros sueltos, como el de Job, o el Cantar de los Cantares, hechas por Fray Luis de León, y todas las demás versiones, totales o parciales, que se han hecho en España del Sagrado texto.

Junto con estas traducciones la labor de los hebraistas, que intervinieron en la edición de las famosas Políglotas de Alcalá y de Amberes. Las dos maravillas tipográficas tienen entre sus páginas enterrada una riquísima historia de algunos hebreos españoles que pudieron vivir gracias a la liberalidad de los monarcas que dirigían los destinos de España en épocas poco propicias a la tolerancia.

El fruto de estos estudios ha de ser principalmente gramatical y lexicográfico; la interpretación de la Biblia ha preocupado constantemente a los sabios; la lengua hebrea, en sus formas más antiguas, no tiene una gran claridad, ni es fácil tampoco trasladar a los idiomas modernos, repletos de matizaciones, aquel idioma severo, corto, ágil y seco, que confiaba las dulzuras de sus significaciones al tono especial de la pronun-

ciación, tal vez trasmitido al escrito, en una serie de signos que aún no han tenido una explicación unánime y satisfactoria. Pero, conocimiento particularmente interesante para nosotros ya que sabemos, como ya hube de decir antes, el importantísimo papel que los judíos españoles representan en la historia de los judíos del mundo, y por tanto la seguridad que tenemos de que nuestros coterráneos hubieron de recibir, en la forma más pura, el rico tesoro de la tradición.

El estudio científico de la lengua hebrea ha de tener presentes, como elementos esenciales para sus trabajos, todo lo que se debe a la Gramática Española, por lo menos hasta un siglo después de la expulsión de los judíos por los RR. C. C.

Una tercera sección podría estar constituida por *Los judíos conversos*. Desde muy temprano comienzan a figurar en la historia de la literatura española los nombres de muchos judíos conversos; ya en el siglo XII aparece Juan Hispalense, conocido también por Abend-Hut, del cual se sabe que hizo algunas traducciones al español vulgar de obras de escritores árabes, y también del gran poeta Avicibrón. Estas traducciones debieron perderse, desgraciadamente, pues sólo se hacían para ser utilizadas por Domingo Gundisalvo para traducir aquellas obras al latín.

Al mismo siglo pertenece Pero Alfonso, que se llamaba antes de su conversión Rabí Moisés Sefardí, y fué protegido generosamente por Alfonso I el Batallador. El autor de una curiosa colección de 33 cuentos agrupados bajo el título de *Disciplina clericalis*, incluida hoy totalmente en el *Libro de los exemplos* de Clemente Sánchez Vercial. Seguramente por el intermedio de la *Disciplina clericalis* llega por primera vez a España el apólogo oriental.

El siglo XIV tiene también una gran figura, la de Don Sem Tob—nombre bueno—de Carrión. Es autor de la conocidísima obra «Consejos e documentos al Rey Don Pedro», colección de sentencias, adagios y dichos populares, de inestimable valor folklórico. También señala la pauta a otros muchos escritores españoles, que cultivan esta clase de poesía, como Pérez de Guzmán, el Marqués de Santillana, Gómez Manrique, etcétera, etc. Parece ser este el primer judío que escribe en español, si no es que se conservan las traducciones de Juan Hispalense, aludidas antes, o lo que tal vez sea más probable y desde luego de un interés más elevado, sino se han perdido las obras del poeta toledano Iuda-ha-Leví, que, escritas en español, acompañaban en algunos códices a sus obras y

es posible que estén incluidas en el Manuscrito que se conserva en la Universidad de Oxford, citado por Menéndez Pelayo.

El siglo XV presenta figuras de mayor relieve; es una de ellas Alvar García de Santamaría, autor de la primera parte de la *Crónica de Don Juan II*, probablemente la que corresponde a los años 1407 a 1432. Se marca en esta obra la transición de la Crónica medieval a la historia moderna y en esta innovación de tan destacado valor, cabe también el de la iniciativa en un judío converso.

Pero mayor interés ofrece la personalidad de dos cordobeses ilustres. Uno de ellos Juan Alfonso, compilador del famosísimo Cancionero que lleva el nombre del pueblo de donde él fué natural, Baena, y el más rico tesoro de la poesía española del siglo XV.

Juan Alfonso, que tenía malísima lengua, «era barrena que taladraba y cercenaba cuanto fallaba⁽¹⁾», no inserta muchas obras suyas en la colección; pero no hacen falta, porque ni en las que inserta, ni en algunas otras suyas, como un largo poema dedicado a Juan II, su Señor, da muestras de una inspiración franca y robusta; pero el hecho de haber reunido las mejores obras de su tiempo, es bastante para que las letras españolas le sitúen en uno de los lugares más destacados. Todavía ofrece el espléndido Cancionero muchos problemas oscuros, entre los cuales no es de menor interés el del estudio de algunos poetas judíos conversos de los que el Cancionero ha recogido alguna obra, como Rabí Mosé Zurgiano, los Rabbíes de Alcalá, etc., etc.

Otro poeta judío del siglo XV, y desde luego figura notabilísima en el Parnaso español, es el Roperero de Córdoba, Antón de Montoro. De este poeta, tan modesto, que cuando el Marqués de Santillana le pidió sus versos, se negó a enviárselos diciendo «que sería ir a dar miel al colmenero»; sí tenemos un estudio definitivo, un bello Cancionero debido y en el cual se pueden estudiar hoy con holgura muchos aspectos de la vida cordobesa en el siglo XV. Recuérdese, sobre todo, el bello poema en coplas de arte mayor dedicado a *Los Comendadores de Córdoba*, en donde está recogido con fidelidad el sentir del pueblo respecto a aquel terrible drama que debió levantar el ánimo dolorosamente de todos los cordobeses.

(1) Pues mi lengua es barrena
que cercena
cuanto falla, según vedes,
mal facedes
en picar así en mi vena.

(Línea 28)—Por E. Cotarelo. «Cancionero Antón de Montoro», Madrid, 1900.

Dos grandes personalidades literarias aparecen aún en el siglo XV y XVI. La de León Hebreo, autor de la *Filografía Universal* o *Diálogos de Amor*, exposición filosófica de este sentimiento guiándose especialmente por la Estética platónica. Aparte del interés que tiene la divulgación de esta profunda obra, de la que dice Cervantes «si tratáredes de amores, con dos onzas que sepais de lengua toscana, topareis con León Hebreo, que os hincha las medidas» y que luego parafraseó tan bellamente en el Libro IV de la *Galatea*, ofrece para nosotros un interés local, puesto que la mejor traducción que hay hecha de esta obra, es la debida al Inca Garcilaso, que, como sabeis, vivió en nuestra ciudad, o en nuestra provincia más de medio siglo.

Otro judío notable, nacido a mediados del siglo XVI, es Miguel Silveira, autor de un renombrado poema titulado *El Macabeo*, (restauración del templo de Jerusalén por Iudas Macabeo) del cual se ha llegado a decir que es, con la *Odisea*, la *Eneida*, la *Jerusalén* y *Os lusiadas*, uno de los cinco mejores poemas épicos del mundo.

En el siglo XVII brillan con luz propia los nombres de Ant. Enríquez Gómez—que tal vez firmó muchas obras con el pseudónimo de Fernando de Zárate y Castronovo—, y este es un problema histórico y literario que ofrece gran interés—autor de varias comedias, como «*Celos no ofenden al Sol*», «*A lo que obliga el honor*» y otras muchas; de la refundición de otras de J. Ruiz de Alarcón, y del poema satírico el *Siglo pitagórico*. El otro nombre es el del montillano Daniel Leví de Barrios, culterano e hiperbólico; filósofo, historiador y poeta que figuró entre los más distinguidos Rabinos de las Academias de Amsterdam.

Una cuarta sección podría estudiar las influencias de la Biblia en España.

Aunque algo se ha hecho, queda mucho campo por desbrozar en el estudio de las influencias que la literatura bíblica ha ejercido en la literatura española. Unos caminos aparecen claros, y para andar por ellos, no se necesita acaso más que una paciencia benedictina al lado de un conocimiento profundo de ambas literaturas; tal es el que se refiere al estudio del teatro español, que ha tomado por asunto de sus obras episodios del Sagrado Texto. Ya en el *Códice de Autos Viejos*, que se conserva en la Biblioteca Nacional y fué publicado por Leo Rouanet, se conservan 20 piezas escritas en el siglo XVI con asuntos del Génesis, tales como: «*Auto del Sacrificio de Abraham*», «*Robo de Digna*», «*San-són*», «*Asuero*», «*Naval y Abigail*», «*Auto del Pecado de Adán*», etc.

Pero donde aparece riquísimo y espléndido el teatro bíblico es un poco después, con los iniciadores del teatro clásico, como A. Mira de Amezana, autor de varias obras como «El Clavo de Jabel», fundada en la Historia de Sisara (Jueces, IV) y «Los prodigios de la vara y Capitán de Israel», que se refiere a la vara de Aarón e Historia de Moisés; y Vasco Díaz Zanco, autor de unas 30 obras dramáticas, casi todas de asunto bíblico, como «Jonatás en el monte de Gelboé», «Absalón», «Amón» y «Saul».

Estos dos autores dramáticos preparan el camino a Lope de Vega, que había de entrar por él con el mismo ímpetu y la misma gallardía con que entraba por todos los caminos del arte, haciendo además que la Biblia se incorporara primero directa y luego indirectamente a la formación del espíritu español, tan acertadamente impuesto en nuestro riquísimo teatro nacional. De este aspecto en la obra de Lope de Vega ha hecho un acabado estudio, como todos los suyos, el maestro de maestros Don Marcelino Menéndez Pelayo.

Y transmitiéndose también, con el mismo vigor que se transmitieron todos los demás aspectos del vario y rico teatro de Lope, esta tendencia al asunto bíblico llega a todos los autores del teatro clásico; y así vemos «La divina espigadora», deliciosa comedia de la historia de Ruth, escrita por el maestro Tirso, también autor de «La venganza de Tamar», episodio que luego repite Calderón de la Barca en la obra «Los cabellos de Absalón» y otras muchas obras que no han de detenernos, pues el enunciarlas ha sido solo para indicar los amplios horizontes que el problema presenta.

Pero si este problema es relativamente fácil, no lo es ya el que trata de resolver las influencias que se han ido filtrando en la literatura española. Desde el caso más claro, el de las traducciones directas, de las cuales está nuestra literatura repleta, pues apenas hay poeta lírico de nuestro siglo de oro que no se haya visto tentado a traducir algún Salmo, hasta llegar a esos poetas que han recibido, como supremo galardón, el título de poetas de alma hebrea, tales como F. de Herrera y F. Luís de León, hay un arsenal inagotable de posibles investigaciones. Ya es sabido que Herrera, el divino poeta sevillano, piensa alguna de sus más famosas *Odas*, en hebreo, y trasmite sus pensamientos, calcados, arrancados de los libros santos, al armonioso ritmo del endecasílabo que ya está definitivamente aclimatado en España. En Fray Luís de León, no hay que insistir; todos los presentes han leído la obra maravillosa de uno de los líricos más gran-

des del mundo, y todos saben la divina delicadeza que él supo poner en aquellas poesías originales, sabiamente contaminadas, infiltradas del espíritu sagrado, que tal vez había aprendido en las líricas traducciones, tiernamente cuidadas de los maravillosos Psalmos. Fray Luíís de León, maestro de Hebreo en la gloriosa Universidad de Salamanca, dedicó a la Lengua Santa toda la emoción de su vida, porque supo encontrar, como nadie en España, el perfume maravilloso de aquellas páginas llenas de unción y de inspiración divina. Es una verdadera alma hebrea, que piensa y cree con la misma emoción que los Profetas, y sabe apreciar debidamente los ricos tesoros de la poesía hebrea, porque, como ningún otro, ve en la Profecía cumplida, la alta inspiración que brilló en los hombres que escribieron el Antiguo Testamento.

Todo esto es campo conocido; pero todavía, necesitado de una amplia investigación española. No debemos, en manera alguna, dejar que los extranjeros nos descubran ésto que para nosotros debe ser preocupación primera.

Otra sección podría estudiar la literatura y el arte populares.

Ya en otra ocasión llamé la atención de mis oyentes hacia un hecho muy curioso, y grandemente significativo.

Una de las influencias que los judíos dejan en el ambiente artístico español, y que todavía no ha sido estudiada con el detenimiento y la atención que merece, es la que se refiere al arte popular, especialmente en Andalucía.

Antes de la venida de J. C. los hebreos tenían lo mismo cantos religiosos, que canciones y bailes populares, que, por el atraso de la invención de la escritura musical o por la torpeza de la interpretación, no se han podido fijar todavía. Al venir J. C., de estos cantos, los religiosos se encaminaron seguramente a los pueblos que aceptaron la religión cristiana, siendo cultivados desde entonces por las dos ramas con el mismo entusiasmo, aunque en sus melodías hubieran de mezclarse aspiraciones distintas, ya que celebraban a un Dios distinto. En España comienzan a vivir estos cantos religiosos, ya cantados por un solo individuo, ya entonados por la colectividad; y, merced a la labor nunca bien alabada de Alfonso X el Sabio, el hijo del conquistador de Córdoba, todos o muchos de estos cantos quedan afortunadamente guardados en la magnífica colección de Cántigas a Santa María, que el gran poeta recoge en la emoción del pueblo. Es indudable que, en estas melodías, se conservan puras las canciones de las viejas sinagogas, máxime cuando pueden tener una cercana rectifi-

cación de su pureza, en la convivencia con los judíos, muchos de ellos habitantes de nuestra península, españoles por tanto desde acaso dos siglos antes del advenimiento de Cristo. Ya para nadie es un secreto, afortunadamente divulgado por D. Julián Ribera, y expuesto en nuestra ciudad en una de las fiestas que organizó la Academia de Córdoba con motivo de la celebración del 1.^{er} Milenario del Califato, que en estas dulces Cántigas de Santa María están contenidos todos los cantos populares de España: Zortzicos, alboradas, gallegadas, sardanas, jotas, y, con más profusión, toda la gama infinita de los cantos andaluces, desde la profundamente religiosa saeta, hasta las alegres y frívolas falsetas de un tango o unas bulerías.

Pues bien, por un fenómeno de afinidad perfectamente explicable, el nombre de estos cantos religiosos se trasmite a los cantos religiosos cristianos; entre los judíos estos cantos son elevados a Dios en los días festivos, y de ellos reciben el nombre; el día bueno, entre los hebreos se llama *jómtob* y luego, después de algunas leves modificaciones prosódicas perfectamente autorizadas por la evolución de nuestra gramática, pasa a sonar en español, *jondo*, que es el nombre con el que se expresan todos los cantos populares de Andalucía. Con esto quiero hacer notar que esta palabra *jondo*, no tiene nada que ver con la palabra *hondo*, con la cual se le ha confundido durante mucho tiempo; y si es verdad que en el *cante jondo* hay la enorme profundidad de la oración de un pueblo sinceramente religioso, y si esa profundidad es también la que aparece en todas las manifestaciones nobles y puras del alma, no es, sin embargo, la que ha proporcionado el nombre de esta música nuestra, rica, como ninguna en matices de dolor o de alegría colectivos.

Y aún hay más. Durante algún tiempo sufrieron los judíos persecución en España; todos los expulsados se expandieron por Europa; los que se establecieron en Flandes fueron los más afortunados y pudieron desde el primer momento continuar con toda libertad sus cantos sinagogales; y, desde entonces, los judíos secretos que quedaron en España, para no descubrirse, cuando querían hablar de sus cantos religiosos, empleaban la frase de cantos flamencos, pasando así inadvertida su alusión a la canción religiosa. Es, pues, al pueblo hebreo al que debemos los dos nombres de *Cante flamenco* y *Cante jondo* con que se designan nuestros cantos populares; como es en nuestras melodías donde acaso se conservan más puros los acentos de la música hebrea, trasplantada a nosotros en los primeros albores del cristianismo, y perfectamente ortodoxa.

Es verdad que aún no se ha conseguido un estudio metódico de esta evolución de la que pudiera ser un índice esto que aquí se expone; pero podrían irse acumulando datos muy curiosos. Por ejemplo, el desprecio, o desdén y aun molestia que produce en algunas personas el oír las frases *cante jondo* o *cante flamenco*; desprecio que puede ser un resto del que produciría en los tiempos de la lucha religiosa de fines de la E. M. a los cristianos el saber que aquellos nombres eran judíos, lo mismo que los cantos; el que haya algunas canciones, soleares, seguirillas gitanas, que se cantan sólo, como un himno u oración religiosa, y no son acompañados de baile; el que algunas de las canciones acompañadas de baile, aún se representan en la Catedral de Sevilla, como el Baile del Santísimo Sacramento, etc., etc., todo esto fácil porque no ha de perderse de vista nunca que el judío sabe adaptarse perfectamente al país en que vive, y el judío de España llega a ser tan español como el mejor hispano-romano.

Pero si esto es por lo que se refiere a la música, por lo que respecta a la poesía, a la filosofía del pueblo, es mucho más. El riquísimo venero de nuestros refranes populares, que hasta ahora no han merecido casi más atención que la que le han dedicado los pacientísimos y beneméritos coleccionistas entre los que destaca con vigor propio Don Francisco Rodríguez Marín, presenta acusadísimos recuerdos de la poesía bíblica, en lo que se refiere a la forma. El paralelismo hebreo tiene una constante aplicación en el habla popular española. Véanse por ejemplo los refranes. En ellos nos han quedado muestras abundantísimas de la aliteración y del paralelismo, las dos formas empleadas por la poesía hebrea.

En La memoria del mal, despacio está; la del bien, presto se va.—La razón no quiso fuerza ni la fuerza quiere razón.—Las cosas nuevas aplacen y las viejas satisfacen; encontramos claros ejemplos del paralelismo antitético; en No tengo casa ni hogar, del sinonímico. Y claros indicios de la aliteración hay en estos refranes, sacados también de la copiosísima colección de Correas.

La llama, llama a donde viene la llama.

Abogado sin ciencia y sin conciencia, merece gran sentencia y penitencia.

Al hombre que fuere loco, tómale, llévale, póngale loco.

Y bellísimas son las muestras que nos han quedado en la poesía popular, como puede apreciarse leyendo nuestros cancioneros y romanceros. Recogido por Menéndez Pelayo, véase este magnífico romance asturiano.

LA TENTACION

—¡Ay, pobre Xuana, de cuerpo garrido!
 ¡Ay, pobre Xuana, de cuerpo galano!
 ¿Dónde le dexas al tu buen amigo?
 ¿Dónde le dexas al tu buen amado?
 —Muerto le dexo a la orilla del río,
 muerto le dexo a la orilla del vado!
 ¿Cuánto me dás, volveréte vivo?
 ¿Cuánto me dás, volveréte sano?
 —Doyte las armas y doyte el rocino,
 doyte las armas y doyte el caballo.
 —No he menester ni armas ni rocino,
 no he menester ni armas ni caballo...
 —¿Cuánto me dás, volveréte vivo?
 ¿Cuánto me dás, volveréte sano?

Y nada más que esto. De nuevo he levantado mi voz, cuando han pasado unos años después de nuestro último intento, para pedir, como homenaje a Córdoba, el Centro de Estudios Andaluces.

Llevamos muchos años poniendo delante del mundo una nómina gloriosa. Es Córdoba madre fecunda de gentes que han elevado la cultura española a las más altas ciencias, de hombres que han sido heraldos del pensamiento español por todos los ámbitos del mundo. Ya hemos celebrado a los hijos; ahora, dispongámonos todos a hacer un magno homenaje a la madre que ha sacado de su entraña ubérrima tantos y tantos ingenios luminares. El año próximo se cumple el VII Centenario de la toma de Córdoba por Fernando III. Pidamos fervorosamente a los poderes públicos, a España entera, que pues Córdoba madre de familia numerosa de ingenios de España, sea recompensada con el título de hija ilustrísima y madre gloriosamente fecunda, y además, para mantener viva la memoria de los hijos ilustres, se cree ese Centro de Estudios en donde la fuente inexhausta de la Sabiduría se alimente en la acción cotidiana de los que, enamorados de la cultura, estamos cobijados bajo este ciclo de maravilla y alimentamos sin cesar el sagrado fuego del amor y del trabajo.